

PAPIRO

Citas

“Así como Osiris, tras su pasión y muerte, fue resucitado y glorificado por la magia de Isis, así también tú: ten la esperanza de que hablaré por ti para que cuando llegue tu muerte, puedas resucitar de nuevo”.

Misterio del dios Osiris

El Protestantismo es la gran revuelta contra Dios.

Papa Pío IX

El Racionalismo y El Socialismo son Frutos Espontáneos del Protestantismo.

Juan José Hernández y Sánchez, 1858

Dr. en Teología

Concilio Vaticano I, 1869

El Vaticano.

Los esplendorosos jardines del Vaticano atestiguaban el nerviosismo que se cernía sobre los cardenales. Ante la inminente reunión previa al Concilio Vaticano I, estos se saludaban con desconcierto, comentando la razón de la convocatoria y el tema prioritario a tratar.

Desde los pasillos, la vista se perdía entre la arboleda lejana. Aunque la mañana era clara y plácida, en sus rostros se reflejaba la tormenta que se avecinaba. Los murmullos y rumores crecían, cada vez más intensos, hasta que algunas voces se alzaron por encima del resto:

—El destino de la Iglesia pende de un hilo.

—No podemos permitir que ganen los racionalistas.

—El galicanismo cobra fuerza.

Los cardenales temían que el futuro de la Iglesia quedara en manos del Estado y que el pueblo se alejara de la fe. Era crucial actuar con rapidez. El Papa Pío IX había convocado una reunión extraordinaria para discutir cómo reafirmar el dogma de la infalibilidad papal y fortalecer la fe frente a sus adversarios. Algunos, en susurros discretos, cuestionaban si era prudente definir aquel dogma de manera tajante.

En diversas ocasiones, el Papa había advertido con firmeza:

—Quien no sigue el Concilio, no es parte de la Iglesia.

Esta declaración obligaba a todos los cardenales a estar presentes, fueran conservadores o liberales.

Giancarlo Pulío, representante de la corriente liberal, insistía en la necesidad de actuar de inmediato. Ansiaba obtener la autorización papal para iniciar la búsqueda del papiro que los racionalistas, sus adversarios, ya habían comenzado. Creían que el manuscrito contenía pruebas de cómo la Iglesia había construido el dogma de la muerte y resurrección de Cristo.

Horas después de iniciada la reunión a puerta cerrada, Giancarlo, con el rostro desencajado por la exaltación, exclamó:

—¡Si el pueblo ve ese papiro, la fe se derrumbará!

Golpeando su puño derecho contra la palma de su otra mano, continuó:

—¡Debemos encontrarlo... y destruirlo!

Recorrió con la mirada a los presentes, como si quisiera grabar su urgencia en sus conciencias.

—Es crucial hallarlo antes que nadie —afirmó. Hizo una breve pausa, inclinó la cabeza en señal de respeto y añadió—: Los libros antiguos lo llaman Sermy.

Giancarlo besó su crucifijo de oro al terminar de hablar. Luisi Mortin, considerado por muchos el líder de la corriente conservadora, respondió:

—Giancarlo, eso no es tan importante como tú crees.

Hizo una pausa, fijó sus ojos en él y prosiguió:

—Dios está con nosotros. Él nos guía por el camino correcto.

Giancarlo se puso de pie, incapaz de contenerse. Sosteniendo la mirada, exclamó:

¡Ahí está nuestro error! Hemos confiado demasiado, y mientras tanto, nuestros enemigos han avanzado.

Respiró hondo y bajó la voz, aunque su tono seguía cargado de rabia.

—No hablo por mí. Hablo por la Iglesia y por el Papa.

Dicho esto, giró sobre sus talones y abandonó la reunión sin mirar atrás.

El Concilio Vaticano I necesitó cuatro sesiones para aprobar como dogma de fe la doctrina de la infalibilidad del Papa. Poco antes de la cuarta y última sesión, Giancarlo, Luisi y los demás cardenales se reunieron en privado, acordaron acciones que debían llevarse a cabo y juraron no revelarlas.

Semanas después, Giancarlo solicitó permiso a la Santa Sede y se retiró de sus deberes de cardenal. Al año siguiente, fue visto en la tierra de los faraones, encabezando una de las expediciones más numerosas que se recuerde. Veinticuatro años después, tras una vida de búsqueda infructuosa, su legado resultó inmenso: reliquias, objetos y antigüedades que formarían el núcleo histórico del Museo Gregoriano Egipcio del Vaticano.

Día 6

La Mezquita

Luxor – Egipto.

Lurgi Camposanto caminaba entre los devotos sumidos en oración, sintiendo una emoción que creía olvidada. Escuchaba sus plegarias mientras se maravillaba con la belleza de la Mezquita de Abu Haggag, que combina elementos islámicos y egipcios, ya que fue construida sobre las ruinas del antiguo Templo de Luxor. Las columnas enigmáticas del exterior, bañadas por la luz del día, adquirían con el tiempo tonos grisáceos, reflejando su singularidad histórica y arquitectónica.

Se sintió subyugado al observar a los fieles musulmanes, entregados en cuerpo y alma al salat. En ese momento realizaban el Dhuhr, la oración del mediodía, una de las cinco que llevaban a cabo con disciplina todos los días del año. Sus movimientos, perfectamente sincronizados en inclinación y postración, reflejaban una devoción inquebrantable. Al contemplarlos, no pudo evitar recordar sus años como sacerdote, rodeado de creyentes que se congregaban para escuchar el sermón y hacer penitencia.

Tras algunos minutos, Lurgi salió de la mezquita, sintiéndose culpable por haberse distraído de su misión. Pero su inclinación natural al sacerdocio a veces lo alejaba de su objetivo. Ahora, años después de haber sido nombrado sucesor de Giancarlo Pulío, tras la decisión de la Santa Sede de retomar la búsqueda del papiro, sabía que sus deberes y obligaciones eran distintos, aunque en ocasiones su voluntad flaqueaba. Sacó del bolsillo un papel arrugado, aquel que releía cada vez que la duda lo asaltaba: “La Iglesia es mi recompensa en la tierra. Soy su siervo y con gusto haré lo que me ordena”.

Deteniéndose por un momento, besó el crucifijo de oro que brillaba al recibir los rayos del sol de mediodía y sacó de entre su ropa la nota que uno de los orantes le había entregado dentro de la mezquita. La leyó varias veces: «Hijo de Nafir se recupera. Urge Plan B. Dra’ Abu el-Naga’».

Negó con la cabeza, incapaz de disimular su disgusto por el mensaje. No estaba de acuerdo con los métodos de sus superiores, pero como buen soldado de Dios, no debía cuestionar el porqué. En esta ocasión, era obvio: querían debilitar a uno de los principales partidarios del racionalismo. Pretendían que Nafir renunciara a la búsqueda del papiro y abandonara Egipto.

Tras dos años explorando Saqqara, la necrópolis de Menfis, Lurgi se trasladó a un lugar cercano al Valle de los Reyes. Se había preparado para examinar cada centímetro de la región. Contaba con el apoyo y los recursos necesarios; solo el tiempo estaba en su contra. A raíz de que el Dr. Taruf hallara el papiro, la Santa Sede incrementó la presión y le ordenó buscar en Dra'Abu el-Naga', necrópolis donde los especialistas aseguraban que estaba la tumba de Amenhotep I. Regresar con el papiro era el mandato a cumplir.

La tarde sorprendió a Lurgi en Luxor mientras compraba y ordenaba la entrega de insumos que necesitaba para el campamento. El ocaso teñía el cielo de tonos dorados mientras los pájaros volaban en busca de refugio entre las palmeras que rodeaban la fuente central de la plaza, evocando la imagen de un oasis perdido en el desierto. Cansado, buscó un lugar apartado cerca de la fuente, bajo la sombra de la palmera más alta. No estaba solo. En la penumbra, un sacerdote copto aguardaba en silencio, masticando nerviosamente pedazos de dátiles recién caídos.

—Este es un fragmento del papiro —susurró el sacerdote, entregándole el trozo con sumo cuidado—. El resto está a salvo. Nos veremos mañana, a las once.

A pesar de su desconfianza, Lurgi guardó celosamente el fragmento. Luego, silbó suavemente, imitando el canto de las aves que revoloteaban entre las palmeras, y se alejó sin mirar atrás. Poco después llegó al campamento y, ya a solas, volvió a examinar el papiro. Lo observó con curiosidad y trató de leerlo, pero no lo comprendió: desconocía la escritura hierática. Estaba intrigado. "¿Será auténtico?" se preguntaba. Rogó en silencio que así fuera.

Además de su trabajo de exploración, Lurgi había acudido al mercado negro de antigüedades, ofreciendo una jugosa cantidad de oro a anticuarios y comerciantes de todo tipo a cambio del Sermey. Sabía que esta decisión era arriesgada, pero la consideraba necesaria. Los saqueadores de tumbas vendían al mejor postor lo que encontraban, y pensó que esta sería una forma de acelerar la búsqueda.

Llamó a Celia Romano, experta en papiros y miembro de la expedición. Emocionado, le dijo:

—Este es el fragmento. Necesito que lo revise.

Celia poseía una amplia experiencia en el estudio de papiros, respaldada por su prestigioso trabajo como curadora en el Museo Gregoriano Egipcio del Vaticano. Su rostro vivaz, enmarcado por una elegancia natural, solía despertar recelo en quienes aún no la conocían. Sin embargo, bastaban unos minutos en su presencia para que su educación y trato cordial disiparan cualquier desconfianza. Tomó el fragmento con delicadeza y lo examinó detenidamente bajo la lupa, mientras Lurgi esperaba impaciente, conteniendo apenas la respiración.

—¿Y bien? —preguntó Lurgi, ansioso.

Celia, concentrada, no respondió de inmediato. La espera se hizo eterna para Lurgi, quien se volvió hacia la puerta y murmuró en su interior: “Dios, concédeme esta petición”. Momentos después, Celia salió y se acercó a él. Lurgi volteó a verla y notó que su cara mostraba una leve sonrisa al decirle:

—Es auténtico, de la dinastía XVIII.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó Lurgi, sintiendo cómo su pecho se llenaba de gozo.

Emocionado, Lurgi abrazó a Celia. Ella se ruborizó, sorprendida, y bajó la mirada en silencio. Al notar su incomodidad, Lurgi se apartó de inmediato y murmuró:

—Al fin lo encontramos.

Enseguida se arrodilló y dio gracias a Dios. Celia se conmovió y, deseándole buenas noches, se retiró.

La noche se desplegaba en el cielo mientras las primeras estrellas titilaban en lo alto. Lurgi alzó la vista, y en su resplandor creyó escuchar un susurro celestial: “Concedido”.

Celia lo observaba desde la oscuridad, apenas a unos pasos. Su temor se disipó al ver la reacción de Lurgi. Este sacerdote se comportaba como un santo, incapaz de atreverse a desearla como mujer. Suspiró aliviada. Su misión, otrora confiada a ella por el Vaticano, marchaba bien.

Lurgi lloró emocionado. Le parecía increíble que en tan poco tiempo había conseguido la prueba de la existencia del Sermy. Lo importante ahora, se dijo, era conservar el fragmento y pagar por el resto. Una sonrisa iluminó su rostro al pensar que pronto sería suyo tan preciado tesoro.

El sacerdote copto tenía otros planes. Con un gesto brusco, se despojó del hábito. Odiaba esa sotana negra, pero su misión era más importante.

El Encargo

Deir el-Bahari – Egipto.

Daryl leyó y volvió a leer el telegrama enviado por Malenty. “¿A qué papiro se refiere?”, pensó, sintiendo un escalofrío recorrer su espalda. “¿Habrán encontrado el Sermy?” La idea lo paralizó. A pesar de los esfuerzos de su expedición, aún no encontraban nada. “¿Y si alguien se me adelantó?”, dudó... “No, imposible”, masculló, rechazando esa posibilidad mientras estrujaba el papel.

Su expedición había comenzado la búsqueda de la tumba en las inmediaciones del escondite de Deir el-Bahari, donde en 1881 se descubrió la momia de Amenhotep I. Este faraón innovó el ritual del culto al disponer que su tumba se separara de su templo mortuario. Dicha decisión buscaba evitar que los ladrones localizaran y profanaran su cuerpo. Daryl y su expedición confiaban en que la tumba no estaría lejos del escondite y seguían buscando en la misma zona.

Sin embargo, hasta ahora solo habían encontrado algunos grafitis religiosos: figuras talladas con torpeza en la roca, nombres de antiguos sacerdotes y fragmentos de oraciones que los siglos habían erosionado, todos irrelevantes frente a la magnitud de su misión.

La incertidumbre de las palabras de Malenty no hacía más que aumentar su frustración. Las manos le sudaban con solo imaginar el fracaso. La decepción se pegaba a su piel como polvo sofocante, golpeándolo en el rostro: una bofetada de ironía.

Con la noticia recibida, su prioridad había cambiado. Necesitaba acelerar el plan y se acercó a Amy, quien revisaba el plano de localización de excavaciones pendientes y se veía sofocada por el intenso calor.

—Necesito hablar contigo.

—¿Ahora? —Amy levantó la vista un instante, apenas interesada.

—Es urgente —Daryl trató de moderar su tono, pero la tensión era evidente.

—Estoy ocupada. Si no es algo crítico... espera —dijo Amy, volviendo al plano.

—Te conviene saber lo que voy a decirte —insistió él.

La cara de Amy denotaba cansancio. Daryl vio cómo arrugaba el ceño al responder:

—Me lo cuentas luego.

Esta respuesta lo desconcertó aún más. Pensó que quizá su tono no había sido el adecuado, pero su urgencia era mayor que su autocontrol. Estaba a punto de reclamarle cuando el jefe de la expedición los convocó a una reunión urgente y anunció:

—Me informaron que el Dr. Taruf descubrió la tumba de Sermy. Debo confirmar con Londres si seguirán patrocinándonos. Si lo hacen, tendremos que replantear la estrategia. Mañana les daré los detalles.

—Esto lo cambia todo —susurró Amy, apretando el borde del mapa con los nudillos blancos, como si su carrera entera dependiera de una respuesta que no podía encontrar.

—Podría significar el fin de la expedición —añadió, apenas conteniendo las lágrimas.

Daryl vio la preocupación en su rostro. Sabía que esta podría ser la primera y última oportunidad para ella en el Valle de los Reyes, y un gran fracaso en su corta carrera. Se imaginó el peor escenario al escuchar que, inquieta, decía:

—Es el fin —susurró Amy, con un nudo en la garganta. Daryl la abrazó sin pensarlo, ignorando su anterior rechazo.

Continuaron abrazados, mezclando sentimientos de esperanza y temor al fracaso. Trataban de recuperarse de la noticia cuando una voz detrás de ellos los interrumpió:

—Disculpen, me permiten.

Daryl se quedó pensativo y murmuró:

—No es propio de un caballero abordarnos así.

El extraño se presentó a sí mismo:

—Soy Burn Cortino, supervisor del Servicio de Antigüedades de Egipto —dijo.

Ambos voltearon al escuchar la voz que, con elaborado acento, denotaba pedantería en lugar de educación.

Burn, tratando de enderezar su encorvada postura y con una sonrisa maliciosa que invitaba a la desconfianza, preguntó sin inmutarse:

—¿Dr. Lacroix?

—Sí —respondió Daryl, algo molesto.

—¿Podemos hablar a solas? Tengo un mensaje para usted —siguió diciendo Burn mientras limpiaba sus uñas con un movimiento casual, casi despectivo, como si todo aquello le aburriera.

Este gesto, algo extraño para alguien que vive supervisando excavaciones y tumbas, no pasó desapercibido para Daryl y, al mismo tiempo que se le aproximaba, contestó:

—Ella es Amy, forma parte de la expedición.

Burn insistió: —El mensaje es solo para usted.

Amy dio unos pasos hacia Daryl y, sin decir nada, se despidió.

—Este asunto es privado —dijo Burn.

—Es el encargo del Sr. Malenty —enfaticó.

—Es confidencial —dijo en un tono bajo, deslizando un fragmento de papiro entre sus dedos como si fuera una moneda de cambio. Daryl sintió su pulso acelerarse. Un leve temblor recorrió su mano cuando tocó el fragmento. “¿Será real?”, pensó, mientras su mirada inquieta recorría el Valle, temiendo que alguien más estuviera observando. Finalmente, armándose de valor, preguntó:

—¿Es original?

—Sí. Esta es solo una muestra —Burn giró el papiro entre sus dedos con un gesto calculado, disfrutando del momento antes de guardarlo.

—¿Y dónde está el resto? —dijo Daryl, inquieto. Solo lo había tocado por un instante, pero la tentación lo había seducido.

—Si quiere saber más, nos vemos mañana a las 10.

—En mi despacho hablaremos del trato —añadió Burn, antes de darse la vuelta con una calma exasperante.

Daryl, acostumbrado a tener éxito en sus proyectos académicos, ahora enfrentaba algo completamente distinto: una situación que escapaba a su control. Se quedó sin habla, ansioso, preguntándose si no era víctima de un engaño.

Burn inclinó levemente la cabeza, como si estuviera disfrutando de la ansiedad de Daryl. Antes de marcharse, añadió con una sonrisa sutil:

—Ah, y no falte. Sería una lástima que el papiro cayera en otras manos.

Amy observó a Burn alejarse con una mueca que le pareció siniestra. Algo en él la inquietaba. Su intuición le advertía: aléjate de ese hombre. Bastante tenía ya con el cambio de planes de su expedición y ahora esto.

Esa noche, Daryl no pudo conciliar el sueño. El fragmento del Sermý era la clave de un hallazgo que podría cambiarlo todo, un logro capaz de catapultarlo al reconocimiento internacional. Pero no lograba borrar de su mente la sonrisa de Burn, cargada de una inquietante ambigüedad: un recordatorio de que, en este juego, él no ponía las reglas.

¿Era un anzuelo? ¿Estaba en peligro? Solo había una forma de saberlo. Si aceptaba el trato, cruzaría un umbral sin retorno. Pero si lo rechazaba... ¿podría permitirse perderlo todo?

Daryl exhaló y cerró los ojos por un instante, pensativo. Debía tomar una decisión. Las horas pasaban y el amanecer se acercaba. La posibilidad de ver los fragmentos restantes lo tentaba, pero no estaba seguro de estar preparado para lo que enfrentaría. Sin embargo, una cosa era clara: su ambición pesaba más que su miedo.

Fernando Perales